

17

La Pelicula Selecta

Los dos hermanos
por Owen Moore



25

208



DE GRASSE, Joseph

La Pelicula Selecta

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año I

Barcelona, 2 Mayo de 1925

N.º 17

(THUNDER GATE, 1923)

Los dos hermanos

Adaptación novelesca de la interesantísima película del mismo título, comedia dramática del célebre escritor Sydney Herschel Samll

Protagonista: **Owen Moore**

Exclusivas: **GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

I

En San Francisco de California, la gran ciudad americana, el ingeniero Jaime Sanderson venía dedicando su actividad desde hacía mucho tiempo al estudio del problema ferroviario de la gran nación china.

El Gobierno de la joven República, rompiendo los antiguos moldes estrechos y mezquinos de una civilización arcaica y apegada a la rémora de sus tradiciones, enfocaba sus esfuerzos al progreso de su patria, haciéndole despertar de su letargo milena-

rio para ponerla a nivel de los modernos y grandes adelantos.

Hop Sing, enviado especial de la República para entrevistarse con el notable ingeniero americano, discutía en el despacho de éste la técnica para el tendido de una línea de ferrocarriles que debía unir dos importantes puertos.

—Decididamente, mi sobrino Roberto Wells dirigirá la obras. Está perfectamente identificado con su país, pues, no solamente nació allí, sino que allí ha vivido hasta hace tres años.

—¡Oh, muy bien! Eso facilitará los trabajos—aprobó el oriental.

—Pues en el primer vapor estará dispuesto a partir.

—De todos modos conviene advertir a las gentes que le acompañen. Su labor no será fácil; encontrará terribles enemigos entre los partidarios del antiguo régimen.

—No tema. Roberto conoce el terreno que va a pisar, y en cuanto al subdirector de esta empresa, el ingeniero Donald, es hombre que no se deja fácilmente poner el pie encima.

—¡De acuerdo!

Roberto Wells, sobrino predilecto de Sanderson, ingeniero también, nació en China de una indígena y un norteamericano, ambos muertos durante la revolución de aquel

país. Muchacho simpático y de excepcionales cualidades, en su temperamento se advertía en extraña mezcla la pereza del oriental con la actividad de la raza sajona.

Convivía con Sanderson y su sobrino, Elvira Hayward, huérfana de padre y madre, a quien aquél adoptó y amaba tiernamente.

Para complacer al ingeniero, Roberto y Elvira estaban decididos a unirse en matrimonio, aunque ninguno de los dos sentía por el otro un verdadero y firme amor. Sobre todo, la muchacha aceptaba con íntima repugnancia aquel proyecto de unión, pues su corazón estaba interesado por el amor de otro hombre... el ingeniero Mauricio Donald, que trabajaba a las órdenes de Sanderson.

Donald, astuto y ambicioso, había puesto sus miras en la bella prohijada de su principal con vistas a la enorme fortuna del ingeniero. Hombre sin escrúpulos, no paraba en los medios para conseguir su objeto, saltando sobre los obstáculos que pudieran entorpecer sus planes.

Conociendo su peculiar idiosincracia, Fu Wang, adicto al antiguo régimen chino, había estado a visitarle, haciéndole ofrecimientos que hubiera rechazado con indignación cualquiera que tuviese menos atrofiado que Donald el sentimiento de la propia dignidad...

Fu Wang, asalariado de los imperialistas, residía en los Estados Unidos para fomentar la conspiración con dinero de los emigrados.

—¿Estamos de acuerdo?

—¡En absoluto!

—¡Pues ahí tiene usted!—Y Fu Wang le entregó un abultado sobre que contenía billetes de Banco—. Este anticipo es solamente para sellar nuestro convenio. Cuando consiga usted paralizar las obras del ferrocarril de Sanderson, nuestro jefe Tsa Lin le recompensará espléndidamente.

El timbre del teléfono interrumpió la conversación. Mauricio Donald guiñó un ojo a su interlocutor.

—Muy bien, señor—hablaba al aparato—. Estoy dispuesto a embarcar cuando usted me lo ordene.

Y volviéndose a Fu Wang añadió:

—La cosa está hecha. En el primer buque marchamos.

—Pues allá nos veremos. ¡Buena suerte! Días después fué la partida.

Retirados de la gente, Elvira, con el alma acongojada, se despedía de Donald, a quien manifestaba sus temores.

—Si Roberto triunfa en la empresa, nuestro sueño de amor se hará imposible. El señor Sanderson tiene la intención de nom-

brarle heredero de su fortuna y concederle mi mano...

—No triunfará, Elvira. Puedes estar tranquila. Yo conseguiré apartarle del camino recto.

—Es muy íntegro Roberto.

—Ten confianza en mí, hijita. Cuando esté lejos de la influencia del señor Sanderson, haré de Roberto lo que quiera.

Entretanto el ingeniero hacía las últimas recomendaciones a su sobrino:

—Se te presenta la ocasión de hacerte un hombre, Roberto, y espero que no defraudarás mis esperanzas. Donald me tendrá al corriente de tu vida.

—Sabre corresponder a tu cariño, tío.

—Roberto, hijo mío: no olvides que aquel país fué la sepultura de tu padre.

—Por Dios, tío. Aleja de ti esos temores. ¡No soy ningún niño!

Un silbido estridente anunció la próxima salida del vapor.

—¡A mis brazos!

Sanderson y Roberto Wells se abrazaron con efusión...

Mauricio Donald mintió una despedida cordial...

Cuando el buque iniciaba ya su magestuosa marcha, Sanderson, con los ojos humedecidos por íntima emoción, dijo a Elvira:

—¡Temo por Roberto!... ¿Sabrá resistir

a la seducción del Oriente? De su padre se contaron historias fantásticas... hasta se habló de aventuras de amor en los palacios inaccesibles de los grandes señores chinos... ¡Temo por él! ¡Temo por él!

II

El barco que conducía a Roberto Wells y a Mauricio Donald, después de una travesía feliz, llegó a China, el país de las leyendas, donde sobre la joven República extiende su sombra el espíritu del Imperio muerto.

Bajo el control de los técnicos del Gobierno, comenzaron seguidamente las obras del ferrocarril, que denominaron de Sanderson, por ser éste el autor del importante proyecto.

En su magnífico palacio, Tsa Lin, sostén de las esperanzas del antiguo régimen, tramaba con paciencia y cautela el complot cuyo fin era la reposición de la destronada realaleza. Enemigo de cuanto significaba progreso y novedad, el señor del palacio tendía a desbaratar las audaces reformas de la República.

Fu Wang, el más fiel de sus servidores, había enterado a Tsa Lin, a su regreso de América, de la ofrecida complicidad de Mauricio Donald para impedir el éxito de la empresa confiada a Sanderson.

El representante del caído régimen inquiría con frecuencia noticias del proceso de las obras.

—¡Esos ferrocarriles significan un nuevo adelanto para nuestros enemigos! ¡Hay que destruirlos!

—De eso se trata precisamente, señor. El ingeniero Donald viene ayudándonos desde su llegada, bajo la apariencia de prestar sus servicios a la República.

—¡Magnífico! ¡Entonces esos trenes del demonio jamás cruzarán nuestras tierras!

Tsa Lin quedóse un momento pensativo. Su rostro, poco antes animado por la esperanza de su próximo desquite, nublóse de una intensa pesadumbre.

—¿Y mi hijo?—preguntó—. ¡Decidle que venga!

Momentos después comparecía ante su presencia un esbelto joven de agradable presencia, pero en cuyo rostro habían indelebles huellas de una vida entregada a todos los vicios.

—¡Acércate!—Y mostrándole un montón de papeles, gritó con gesto airado—: ¡Deudas, siempre deudas! ¡Estás derrochando un caural que está destinado al triunfo de nuestra santa causa!

Suen Kong, el heredero del noble patriarca, representante de una civilización que se extinguía, esbozó una sonrisa irónica...

—Los médicos me avisan que mi vida se extingue—continuó Tsa Lin—. ¿Y cómo voy a morir tranquilo sabiendo que un depravado como tú va a sucederme al frente de los defensores de nuestra tradición?

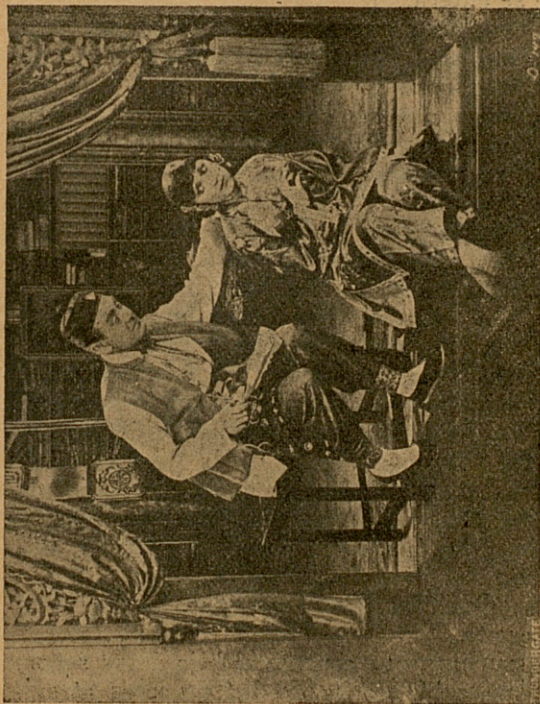
El repulsado, acostumbrado a aquellas catilinarias, escuchaba en silencio las reconvenciones, pesando muy poco en su ánimo los mandatos y recriminaciones de su padre. —¡Bien! Ya veré qué determinación tomo respecto a ti... ¡Márchate!

No se hizo repetir la orden Suen Kong, retirándose a sus habitaciones y dejándose caer con desgana en la amplia otomana, cubierta de sedas y cachemires.

En la vida del noble mancebo había un secreto sólo conocido por la vieja Tsuru, la esposa de Tsa Lin. Aunque era tenido como hijo del viejo mandarín, corría mezclada por sus venas la sangre china y la americana. Tsuru sabía perfectamente que si nació de ella no fué precisamente por obra de Tsa Lin...

En el espíritu de Suen Kong, tal vez por efecto de aquella mezcla, el excepticismo del blanco destruía la honda fe del amarillo, no inspirándole resepto alguno las cenizas de sus antepasados, ni latiendo en su pecho el amor por sus dioses.

—Es la hora de rezar—avisábale la vieja—. ¡Anda, hijo, y preocúpate de algo más



Poco a poco los dos extranjeros se sientan atraídos el uno hacia el otro...

que de bromear con las esclavas! ¡ Si tu padre se enterara...!

Su padre no se enteraba de aquello, pero «Amapola», la linda sobrina de Tsuru, que sentía por su primo una de esas pasiones orientales que no se detienen ante ningún obstáculo, le celaba constantemente, irritada por los devaneos de Suen Kong.

—¿Dónde vas?—inquirió «Amapola» al ver que su primo se disponía a salir.

—¡ A oxigenarme! ¡ Aquí se respira un ambiente muy pesado!—exclamó el joven con intención, abrumado por las zalamerías de la enamorada muchacha.

Suen Kong se dirigió a un cercano bosque, propiedad de su padre, en el que, diseminadas, se encontraban las cabañas de los colonos. Al llegar cerca de la de Lee Sing apercibió sentada en una peña una mujer de extraordinaria belleza, cuya contemplación le dejó suspenso y preso de extraña agitación...

—¿Quién es ella?—preguntó al dueño de la casita.

Lee Sing, que conocía al hijo de su señor, al que sabía capaz de los mayores atrevimientos y desmanes, temió por la preciosa muchacha, a la que amaba como a una verdadera hija.

—Es Esther Blossom, una joven inglesa que perdió a sus padres durante la revolu-

ción y a quien tengo recogida desde entonces.

—¡ Bien! ¡ Envíamela!

El buen hombre inició un gesto de protesta.

—¡ Cómo! ¿ Te resistes a ejecutar mis órdenes? Si no me la das de grado, la tomaré por fuerza, ¡ y ay de ti entonces!... ¡ Quiero hacerla mi esposa!

—Pero, señor—objetaba Lee Sing—, piensa que el sacerdote no querrá casarte con una miserable blanca.

—Eso corre de mi cuenta. Le diré que es mestiza... que lleva sangre china en las venas... ¡ Nada! Mándala a la pagoda del Este; yo iré a avisar al sacerdote.

Cuando repasaba el camino se llegó hasta él «Lirio Silvestre», una de las incontables víctimas del futuro señor del palacio, clamando con acento desesperado:

—No me abandones, señor!... Mi marido sospecha... Si me niegas tu amor, me faltarán fuerzas para seguir viviendo...

Pero Suen Kong la apartó de su lado con violencia, haciendo caso omiso de la súplica de la dolorida...

Seguidamente se dirigió a la pagoda, soñando con el amor de la mujercita blanca, suave y fragante como una magnolia...

Long Fu, el marido de «Lirio Silvestre», había contemplado la escena desde su caba-

ña. En su pecho, ya herido por los dardos de la sospecha, nació un odio a muerte contra el vilipendiador de la honra de su hogar...

En la tarde de aquel día, Tsa Lin recibía en su palacio nuevas noticias de la marcha del complot fraguado en San Francisco de California para impedir las obras del ferrocarril encargado por el Gobierno. ¡Todo iba bien! Los trabajos se llevaban con una lentitud rayana en la inacción.

—¿Y el sobrino de Sanderson no se opone a nuestros proyectos?—inquirió el dueño del palacio.

—Se opondría... si pudiera pensar—respondió Fu Wang con siniestra sonrisa—; pero ya no es un hombre, sino un guiñapo... El cocinero del señor Donald ha puesto en sus comidas el «brebaje del diablo» y el hombre que lo prueba pierde su voluntad y olvida...

En efecto, Roberto, en los meses transcurridos, no era el mismo hombre que salió de San Francisco. Un brebaje oriental compuesto de hierbas venenosas, le había hecho perder la memoria y la voluntad y, roto el equilibrio de los nervios, el whisky y el opio habían hecho lo restante, convirtiendo al joven ingeniero casi en un autómatas sin energías para la determinación consciente de sus actos.

Mauricio Donald, como complemento a su malvada obra, procuraba tener al corriente a Jaime Sanderson de la vida relajada que su sobrino llevaba en la capital china.

Las pesadumbres que en los momentos semilúcidos agobiaban a Wells, impotente ni aun para darse cuenta de su extraña conducta, habíalas aumentado la carta que últimamente recibiera de Elvira Hayward.

«...Por lo tanto, Roberto, y sintiéndolo mucho, nuestro compromiso queda roto. Yo no puedo casarme con un hombre que ha abandonado sus deberes y que lleva una vida de escándalo y de depravación...»

¡El plan infame de Mauricio Donald daba el fruto previsto por el malvado!

Y, satisfecho de su obra, fué al palacio de Tsa Lin a cobrar el precio de sus traiciones.

Fu Wang lo anunció a su señor.

—Está aquí el señor Donald. Dice que viene a buscar la recompensa ofrecida por haber paralizado las obras del ferrocarril.

—¡Trae la caja que contiene el tesoro de nuestra causa!—ordenó el viejo chino.

El antiguo sirviente apenas tuvo valor para comunicarle la terrible verdad.

—¡Señor... la caja está vacía!

A pesar de sus muchos años, Tsa Lin puso en pie de un salto.

—Sí; tu hijo, señor, mientras dormías se apoderó de las llaves...

El anciano mandarín levantó sus manos al cielo.

—¡Ese dinero era la vida de nuestra causa... era el trono un día para nuestras Emperadores!... ¡No, no se trata de un robo, sino de una traición, y como traición debe castigarse!

Las manos le temblaban y en sus ojos había un extraño fulgor.

—¡Trae la espada del sacrificio!

Hizo sonar el gong. Todos los servidores y esclavos acudieron al llamamiento, entrando tras él en el recinto sagrado, presidiendo por el dios Buda.

—¡Id a buscar a mi hijo! ¡Traédmelo aquí sin pérdida de tiempo!

Pero Suen Kong no estaba en el palacio.

—¡Corred a su hallazgo y no volváis sin él! ¡Esta espada sagrada va a mancharse con la sangre del primer traidor de nuestra familia!

Dos de los criados que salieron en busca del hijo de Tsa Lin detuviéronse un momento en la plaza contigua al palacio, comentando los sucesos a ocurrir.

—La espada está encima del altar de Buda... Esto significa la muerte para nuestro joven señor.

—¡Ahora empiezo a comprender!—dijo Roberto—. Donald ha telegrafiado a mi tío diciéndole que yo había abandonado las obras. Y, ¿cómo voy a explicarme ni a justificarme si no me acuerdo de nada... si parece que hay nubes en mi cerebro?

Un hecho fortuito cortó la conversación iniciada. Uno de los asistentes al tabernáculo estaba vapuleando bárbaramente a una muchacha que daba muestras de gran terror. Patricio saltó en defensa de la tundida y se ensarzó en una lucha sin cuartel con el desalmado. Wells fué a ayudarlo al ver que otros tomaban el partido del maltratador y pronto la pelea se hizo general. La avalancha de los luchadores, en el vaivén de la reyerta, fuése contra la puerta de la habitación en que estaba refugiado Suen Kong, invadiendo la estancia. En nueva persecución volvieron de nuevo al establecimiento. Pero Roberto Wells, por efecto de un golpe recibido quedó tendido en el cuarto ocupado por el hijo de Tsa Lin.

¡El destino juntaba a dos hombres que, sin conocerse, llevaban en sus venas la misma sangre...

La sorpresa de Suen Kong fué enorme al notar el extraordinario parecido que el caído tenía con él. Y pensó aprovecharse de aquella conjuntiva para librarse del peligro que le amenazaba. Escribió en un papel, después

de cambiar sus trajes con los del hallado :

«¡Te saludo, noble desconocido! Tus dioses quieren que participes de la herencia de Tsa Lin y te hacen pasar por su hijo, el poderoso Suen Kong. Acetpa con gratitud todos los dones que te ofrezcan.»

Lo colocó en uno de los bolsillos y huyó...

III

Y de esta suerte comenzó una nueva vida para Roberto Wells.

Los criados de Tsa Lin lo hallaron en el cuarto de la taberna, y, tomándolo por el hijo de su señor, lo condujeron hasta el palacio, tendiéndolo a los pies del altar de Buda.

El anciano mandarín gritó con voz potente :

—¡Has sido cobarde en la vida! ¡Pórtate valientemente a la hora de la muerte! Elige : o te matas tú o morirás a manos del más vil de mis esclavos.

Pero Roberto, que aun estaba desmayado, nada respondió. Entonces Tsa Lin abandonó la estancia, preso de una espantosa agitación. Al ir a subir las gradas que conducían a sus habitaciones privadas, se tambaleó como si estuviera ebrio y cayó pesadamente a tierra.

Poco después anunciaba Fu Wang a los moradores del palacio :

—¡Nuestro poderoso señor ha muerto!

Cuando Roberto volvió en sí, levantóse trabajosamente. «Amapola», con gran solitud vino en su ayuda y, apoyándose en la bella prima de su *sinónimo*, salió al salón principal. Todos le reverenciaron como a señor y dueño.

Roberto creía soñar. Al quedar un momento solo púsose a reflexionar sobre aquella situación que estimaba absurda ; palpóse todo el cuerpo, dudando de su propia personalidad. Sus manos tropezaron con el papel que Suen Kong había depositado en uno de sus bolsillos. Su lectura fué un indicio, aunque insignificante.

Minutos después, sobresaltáronle unas voces que discutían en el patio del palacio.

—Señor—anunciáronle—. Este hombre se empeña en entrar a verte.

Y con gran sorpresa y contentamiento vió aparecer a Patricio Manaham.

Después de buscar inútilmente a Roberto, Manaham intimó al posadero a que le dijera el paradero de su amigo. Al contestarle «Angel» que quizá supiese algo de él Suen Kong, se dirigió rápidamente al palacio de éste.

—Cuidado, señor—advirtió Fu Wang al reconocer a Patricio—. A este hombre y a

otro diablo blanco, les fué prohibida en otro tiempo la entrada aquí...

—Estoy aquí para pedir noticias de mi amigo Roberto Wells—dijo con energía Manaham.

Roberto ordenó que lo dejaran solo con el visitante. Entonces dióse a conocer el antiguo amigo de su padre.

—¿Tú? ¡Cuidado, Roberto! ¡Estás jugando un juego todavía más peligroso que el de tu padre!

—No se trata de juego. Me desperté aquí y he sido saludado como señor del palacio.

Y brevemente explicó a Patricio lo sucedido.

—Lo que me extraña a mí—continuó—es una cosa: ¿Cómo me confunden con el verdadero señor de esta casa?

Manaham quedóse un momento pensativo. A su mente acudieron recuerdos pretéritos.

—¡Ya caigo! Tu padre y yo estuvimos viviendo en este palacio hace veinte años por un asunto oficial. Entonces se rumoreó...

—¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso que ese Suen Kong sea mi hermano?

—¡Yo no afirmo tanto... pero deduzco! Tu padre vivió aquí y se habló de relaciones ocultas con la esposa de Tsa Lin... ¡Luego os parecéis como dos gotas de agua!... ¡Quién sabe!

La vieja Tsuru entró acompañada de Esther Blossom.

—Señor, tu esposa espera tus órdenes.

Roberto contempló con delectación a la bella inglesa.

—Que espere en mis habitaciones.

—Esa bruja—dijo Patricio—conoce, sin duda, el secreto del nacimiento de Suen Kong, pero se lo calla para no acusarse ante todos de liviandad. Pero, ¡calla! ¿Sabes que *tu mujer* es una preciosidad?

—¡Aquí hay algo que yo no comprendo! Esa muchacha es blanca, completamente blanca, y no me explico cómo se ha casado con un chino... ¡Voy a verla!

Esther al ver entrar al que tenía por Suen Kong comenzó a temblar como una azogada.

—¿Tienes miedo?

La muchacha se retiró a un ángulo de la habitación al acercársele el pseudo chino.

—Pero, ¿a qué viene todo esto? ¿No consentiste en ser mi esposa?

—¡No! ¡Usted me obligó, usted engañó al sacerdote, usted sabe que soy blanca y le dijo que era mestiza!

—¡Bien! ¡Puedes retirarte! ¡Más tarde te llamaré!

Al volver al salón donde aguardaba Patricio, Fu Wang anunció:

—Señor, un hombre que ha prestado a tu

padre servicios de importancia viene a buscar su recompensa.

Roberto leyó la tarjeta :

«Mauricio Donald.—Subdirector de las construcciones Sanderson.»

—Su recompensa, ¿por qué?

—Por paralizar las obras del ferrocarril.

—¡Bien! Dile que el lunes esté aquí, a las tres en punto... y le daré *todo lo que se merece*.

—¡Roberto!—díjole Manaham poco después—. ¡Cuando esas caras de cadáver se enteren de que no eres Suen Kong te matarán sin miramientos.

—¡Hay que llegar hasta el fin! ¡Conviene precipitar los acontecimientos! Escriba usted lo que voy a dictar. Es una nota para mi tío, pero no me conviene que reconozca mi letra.

Patricio sacó un lápiz y, después de chupar la punta, se dispuso a escribir :

«Señor Sanderson: Para conocer la verdad sobre su ingeniero Donald y saber noticias de su sobrino, preséntese el lunes, a las tres de la tarde, en el palacio de Suen Kong.—*Un amigo.*»

—Entréguesela personalmente. Busque también al verdadero Suen Kong y condúzcalo aquí. Voy a devolverle lo que le pertenece.



—¡Blanco del demonio, me molesta que estés vivo!

Siguiendo las costumbres del país, la boda secreta de Esther y el falso Suen Kong se confirmó en una boda pública y solemne.

«Amapola», cada día más enamorada del que creía su primo, apenas podía contener su enojo al ver las religiosas ceremonias. Y, loca de celos, arrojó desde las galerías altas una de las macetas que la adornaban, con ánimo de matar a su rival. El tiesto cayó sobre Roberto, que quedó en tierra desvanecido por el golpe.

La conmoción le hizo perder la noción de la realidad, comenzando a delirar.

—Yo no deserté, tío... Fué Donald...

Esther, al oír aquellas palabras, pronunciadas en correcto inglés, sospechó algo desusado y puso su mano en la boca del caído para impedir que le oyese los asistentes a la fiesta.

La gentil muchacha le veló los dos días que Roberto estuvo postrado en cama, comprendiendo por las frases que aquél pronunciaba en sus desvaríos que la vida de aquel hombre encerraba un extraño misterio.

Poco a poco los dos extranjeros se sentían atraídos el uno hacia el otro por una invencible simpatía, pero no se atrevían a confiarse la mutua atracción.

Cuando Roberto abandonó el lecho, la bella inglesa continuó prodigándole las más extremas amabilidades con gran contenta-

miento de aquél, cada vez más encantado de las gracias de la bella europea.

—¿Le gusta como me he peinado? Es el estilo americano...

—No está mal para un diablo blanco; pero yo soy oriental del antiguo régimen —mintió Wells.

—¿Entonces tendré que pintarme los labios como las mujeres de su país?

—En todo imitarás a mis ilustres antepasados, a las antiguas damas de este palacio...

Roberto, seducido por la belleza de su esposa, intentó abrazarla, pero Esther se resistió a la caricia.

—¿Qué significa esto? ¡Tengo el derecho de besarte! ¡Eres mi esposa!

—¡No, mentira! —gritó la muchacha sin querer disimular más—. ¡Yo no soy su esposa!... ¿Qué ha hecho usted del verdadero señor de este palacio?

Roberto, sobresaltado, exclamó:

—¿Qué es lo que sabe usted?

—Que usted no es chino. Usted hablaba en inglés cuando deliraba... Yo lo he oído. Wells acabó confesando la verdad.

—No sabe cuánto le agradezco sus cariñosos cuidados. ¿Por qué quiso ser tan buena conmigo?

—Porque al oírle hablar todo cambió.

Comprendí entonces que podía fiarme de la caballerosidad de un americano.

—¿Y ahora no se fía usted de mí?

—¡Quisiera fiarme!... ¡Estoy tan sola y tan abandonada!...

—Yo haré todo lo humanamente posible por merecer esa confianza... Cuento con mi protección... y con mi amor.

—Pero, ¿qué haremos cuando el verdadero Suen Kong se presente a reclamarme?

—¡Nada tema! ¡Yo la defenderé contra todo y contra todos... Ordene a una de sus mujeres que vaya a buscar trajes europeos para nosotros dos. Hay que prevenir los acontecimientos.

Entre tanto, Jaime Sanderson hacía investigaciones sobre las causas de la paralización de las obras del ferrocarril y acerca del paradero de su sobrino. Al llegar a sus manos la carta escrita por Patricio tuvo un rayo de esperanza y se prometió ir el día fijado al sitio de la cita.

Uno de los empleados de las oficinas del ferrocarril, que había llegado a conocer los infames manejos de Donald, creyó de su deber poner a su jefe al corriente de los acontecimientos.

—Como usted comprenderá, señor Sanderson, yo no tengo la culpa de que su sobrino haya abandonado los trabajos.

—Pues, ¿quién es el culpable?

—Ha llegado el momento de quitar caretas. Voy a serle franco, señor Sanderson. Tengo la demostración de la traición de Donald.

—¿Qué sabe usted acerca de mi sobrino?

—Sé solamente que Donald tomó a su servicio un cocinero chino para que rociase las comidas de Roberto con cierto brebaje misterioso.

—¡Si fuera verdad!... ¡Infame! Tengamos paciencia y esperemos el lunes.

Entretanto Patricio, siguiendo las órdenes de Roberto, se puso sobre la pista de Suen Kong, hallándole, al fin, en la cabaña de Long Fu, el marido de la suicida «Lirio Silvestre».

Al salir de la taberna de «Angel», el hijo de Tsa Lin fué sorprendido por su odiador, que lo secuestró en su casa, sometiéndole a toda clase de tormentos.

Salvado por Patricio de una muerte segura, el señor del palacio volvió a tomar posesión de sus dominios. Al ver a Roberto en su puesto exclamó:

—¡Blanco del demonio, me molesta que estés vivo!

—¡Hombre, gracias!

—¿Y mi esposa?—preguntó a Fu Wang.

—También ha sido engañada por ese hombre blanco, como todos nosotros.

—Cuando cambié mis vestidos por los tu-

yos—siguió diciendo Suen Kong al ingeniero—esperaba que sólo vivirías algunos minutos. Pero por lo que veo te encuentras muy a gusto disfrutando de lo ajeno.

—Le suplico que mida usted sus palabras, señor.

En esto apareció Esther. El chino se dirigió hacia ella, pero Roberto se interpuso entre ambos.

—La infeliz piensa, sin duda, que tú puedes protegerla. ¿Olvidas acaso que soy el poderoso señor de este palacio?—Y tomó el macillo para llamar a los esclavos.

—¡No toques todavía ese gong—. Tenemos que hablar antes... He encontrado los documentos de su conspiración contra el Gobierno. Si intenta algo contra mí o contra Esther le denuncio y será usted fusilado como traidor.

Suen Kong llamó entonces a sus servidores y grito cólico:

—¡Arrancadle la lengua y cortadle las manos! Después dejadle en libertad para que me denuncie si quiere.

Pero en esto entró Fu Wang, anunciando:

—Acaba de llegar el ingeniero Sanderson con dos oficiales del Gobierno, señor.

—¡Estáis a mi merced!—dijo entonces Roberto.

Suen Kong abatió la cabeza.

—¡Os ofrezco la paz!—siguió el mucha-

cho—. Os doy mi palabra de no decir nada si me permitís seguir interpretando unos minutos más vuestro papel.

El chino dió su asentimiento.

—Además, su matrimonio con Esther es ilegal, puesto que fué forzado... ¿Lo reconoce usted así?

Nuevamente hizo Suen Kong signos afirmativos.

Al presentarse Sanderson, le saludó ceremonioso.

—¿Puede usted decirme algo de mi sobrino? Me trajeron esta carta—dijo aquél.

—Su Excelencia dice—interpretó Fu Wang—que hizo usted mal de desconfiar de su sobrino.

En esto se presentó Donald a reclamar su recompensa.

Roberto hizo que Sanderson se escondiese tras un biombo e hizo pasar al traidor.

—¿Qué hizo usted para hacerse acreedor al premio que pide?

—Yo paralicé los trabajos del ferrocarril en construcción e inutilicé a Roberto Wells.

—¿De veras?—respondió el falso chino, despojándose de su disfraz—. Pues voy a darte lo que te mereces.

Y de un certero puñetazo lo tumbó en tierra.

Sanderson abrazó a su sobrino y arrojó violentamente a Donald de su presencia.

Al aparecer Esther, Roberto la presentó a su tío como a su futura esposa. Sanderson aprobó complacido la elección y al apercibirse de que se iniciaba un idilio entre los jóvenes, exclamó *comprensivo* :

—¡Os dejo, muchachos... que tendréis mucho que hablar...! ¿Quién iba a decir que un americano tenía que venir a la China para encontrar novia?

FIN

En el próximo número, correspondiente al sábado, día 9 de Mayo, se publicará la interesantísima película

Bestias del Paraíso

interpretada por el gran actor de la pantalla

William Desmond

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias
20 céntimos número

...

Suscripción :
2'50 pesetas
trimestre

con derecho a un elegante álbum de música
GRATUITO con las 16 composiciones más popu-
lares de la temporada



EDITORIAL PEGASO
Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
BARCELONA

Imp. GARROFÉ. — Villarroel, 12 y 14.